VIDA Y OBRA DE ESCRITORES LATINOAMERICANOS EN PARÍS

El lugar de la escritura

Michèle RAMOND
(Universidad de Paris 8)

(Con la imprescindible colaboración de Julio Cortázar, Juan Rulfo, Juan José Saer, J. L. Borges, Tamara Kamenszain, Saúl Yurkievich).

A todos los escritores latinoamericanos que viven fuera de su país.

Para escribir se necesita un lugar. Me pongo en la situación de ustedes que tuvieron que escribir fuera de sus lugares originarios, a veces sin lugar determinado, sin espacio propio por mínimo que fuera, un rincón singular en una ciudad desconocida donde el alma y el cuerpo con violencia extrañan la casa de los ancestros, la morada genealógica, la casa espaciosa y antigua que guarda los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia. Con facilidad nos habituamos (bien se sabe) a persistir en ella, nos resulta grato estar así cobijados, vivir, leer, escribir pensando en la casa profunda y silenciosa que nos rodea, nos guarda, nos protege, saber incluso que nos bastamos para mantenerla limpia. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde. La casa de la escritura no tiene que volverse tumba del creador, por lo tanto, antes de llegar a la puerta de la ruta solitaria conviene derribarla y, con esta tranquilidad de no tener ya casa ni propiedad ni lugar, apurar la copa de todas las emociones, virtud, pecado, pureza, negrura que hemos recibido e interpretado, porque la poesía existe en todas las cosas y no hay que andar con remilgos, hay que sentir las cosas en todos sus matices. Verlo todo, sentirlo todo.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Michèle RAMOND. El lugar de la escritura
Centro Virtual Cervantes

Y ¿dónde mejor se verá todo? ¿En la desazón del viaje interminable lejos de «la casa grande» o desde la ensimismada reclusión, en el espejo deformante donde un doble pasado – del padre y de la madre – en sepia se reedita? Si de fotos recorrida, la memoria en álbum se conserva ¿qué ganamos en retocar en letras incesantemente la infancia? ¿No es mejor acaso la amnesia de un exilio forzado o buscado, huir del nombre propio que en sueños nos acosa, de la identidad marcada, reconocible, archivada, diseminada de cuarto en cuarto, sujeta al verbo infantil, a los durmientes parientes conjugados en pasado y en presente en la pantalla de la casa charlatana? De esta herencia de tramas forzadas ustedes de una forma u de otra han huido y si alguna vez escuchan el habla de las sombras, los verbos genealógicos que se quedaron en la casa antigua y profunda, de este pacto filial se han salvado para, en otro lugar, fabricar ficciones. Filiación o ficción, dura elección. Diálogo peregrino con los padres sin embargo se mantiene y el cordón de la lengua nativa, del lenguaje antiguo, encuentra donde sea el surco del pasado. La lengua de la escritura y del estilo conserva en el libro el refranero de la casa perdida o abandonada. Cementerio de niños y de abuelos, la casa grande tal vez los hubiera a ustedes almacenado como retratos de parientes próximos o lejanos, impidiendo la libre circulación del navío hacia la tierra prometida, el lugar de refugio de las utopías. Una voz generacional en cadena hubiese enganchado su estilo en esa herencia obligada, aceptada. Huella de huellas el estilo se hubiese afianzado en la casa y en el enramado diálogo de ancestros desdibujados, persistentes. Sus poemas, sus discursos, sus ficciones hubiesen nombrado, sin poderlo remediar, la enfermedad de los ancestros y de la patria ; en cambio, mientras decrece el apego al cuerpo de la infancia y la dulce o amarga cárcel de amor se aleja, perdiéndose en silencio, con hilo doble (trama y urdimbre) ustedes enhebran juntamente el pasado que arrastra la sangre de la estirpe, las pálidas letras del deseo y del sufrimiento y los nuevos tiempos y lugares que la ficción, cuando se sueña en otras tierras, fabrica.

Soñándose a sí mismo como otro, el escritor exiliado por voluntad propia o ajena de su casa patria, entregado al azar no tan ciego encuentra nueva clave y suena de otra forma, en el pentagrama, el viejo idioma original. El diálogo con los padres, el verbo infantil, el viejo refranero, el lenguaje antiguo atado al cordón que nos queda, anestesiados por la distancia reviven lentamente en otro tono más mayor o menos menor; el pasado no se lee, se descifra. La película que ustedes cantan si son poetas o cuentan si son cuentistas no la escriben en el viejo idioma original directamente, la escriben en otro idioma desconocido que luego doblan al idioma original. El ademán con que escriben es doble, su rostro también es doble, sus vidas, su pasado y todos sus tiempos. A presión paterna y materna siguen obedeciendo pero bifurca el camino y el idioma de uno y otra a lengua del doblaje se traducen. El idioma original y la lengua del otro son la misma, se confunden, confunden y maravillan al lector. No es maridaje, es espejismo. Un

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Michèle RAMOND. El lugar de la escritura
Centro Virtual Cervantes

contrapunto crece, nos hace cómplices de un flujo y reflujo de la lengua; la lengua del otro exiliado, fuera de su morada, se traduce al idioma de quien atrás se quedó en el invernadero de la memoria, cómplices unidos por un pacto de letra viva y de silencio opaco, su envés elocuente y taciturno, emboscado en la selva de los signos. Romeo y Julieta, Gato y Pichón Garay: en una ciudad del Middle West, en América del Norte (Estados Unidos), en una casa burguesa del barrio residencial, Pichón perdió a Gato y lo volvió a encontrar hay un festejo, la vuelta, en la ficción, al lugar amorfo del pasado, levadura de la masa que crece, se asoma al borde de la página, grávida playa de inmigrantes que no saben si zarpan hacia la tierra prometida o hacia la natal, medio borrada ; según Tomatis el tono del discurso expresa más jovialidad que tristeza pero, en los papeles dactilografiados de Washington se lee un parecer distinto: el autor de la novela, según cuenta, primero se había topado con el gemelo y habían compartido un café excitante cuyo olor se expandía por el departamento, y a la mañana siguiente no encontró rastro de él en casa, se paseó solo por la terraza roja y soleada y el gemelo no volvió. A pesar de la distancia Pichón escucha el timbre proustiano vagamente artificial con que resuenan las palabras de Gato Garay, o al revés ; la inmediatez familiar al transportarse de un hemisferio al otro a través del espacio lleno de turbulencia pierde realidad, gana presencia e inteligencia. No es que Pichón (o Gato) diga mentiras, es que habla en forma irónica y elíptica, falsamente directa, que impide captar bien sus alusiones al pasado, y no hay modo de saber si la sombra benévola que se imprime sobre las baldosas rojas de la terraza es o no es la de Gato (o de Pichón) paseándose a su alrededor mientras Pichón (o Gato) habla o escribe. Por más que dudemos, la fuerza de las palabras llegan a convencernos tanto de lo uno como de lo otro.

Desde este lado del escritorio Pichón escucha a Gato con una sonrisa escéptica y complacida a la vez. Gato errabundea más allá de los vidrios de la ventana, se pierde entre los árboles y las fachadas parduscas de los edificios, con el aire triste y sombrío, en otro lugar que el lugar de la escritura, del mismo formato sin embargo, de la misma calidad que el papel un poco amarillo en los bordes, con mismo trazo horizontal casi marrón de calles y renglones en el que Pichón pasa en limpio la novela sin título ni nombre de autor. Mañana deliciosa de primavera o de otoño según el hemisferio que constituye la referencia principal, siempre engañosa, del cuento o de la novela. Contra un fondo de cierta inmovilidad general (Estocolmo, París, Bruselas o la terraza del bar Gran Doria o una playa del Mediterráneo o el monte Ventoux de Petrarca o uno de los barrios residenciales de El Cairo o Marte o la luna o Saturno) historias siempre nuevas se van desprendiendo de Rincón Norte o de Rincón Sur, fotografías en blanco y negro, formando una saga o un ciclo, y con esta manera peculiar que tienen las palabras de presentarse a la mente, una evidencia inmaterial y fugaz pero clara sin embargo, precisa y brillante se impone : el lugar de la escritura.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Michèle RAMOND. El lugar de la escritura
Centro Virtual Cervantes

Sin el proyectado derribo de la casa de la calle Garay, jamás el autor hubiese visto, en la parte inferior del decimonono escalón de la escalera del sótano, la pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor, el «multum in parvo», el microcosmo de alquimistas y cabalistas, el Aleph donde están todos los lugares de la tierra, el espejo en cuyo cristal se refleja el universo entero, el espejo universal cuadrado o rectangular y blanco, de bordes a veces amarillentos, lugar de la escritura.

«Lugar amorfo escrito en el pasado» deja sitio al cantar de los cantares, al lugar de los lugares. Por muy imperfecto que sea el lugar de la escritura, contaminado forzosamente de literatura, su infinito fulgor o su instante gigantesco, donde contemplamos millones de actos deleitables o atroces, nos consuela de tener que dejar algún día no sólo la morada patria sino el inconcebible universo. A veces uno no sabe de cierto por qué dejó el lugar originario, a alguno le trajo acá la ilusión. ¿La ilusión? Eso cuesta caro. Uno paga con trabajos y, a la larga, con la vida la deuda de encontrar la escritura. Pero vale la pena encontrar este lugar, sea donde fuere, en Estocolmo, en Viena, en París, en una ciudad del Middle West, en un pueblo del Mediterráneo o de la Mancha, de cuyo nombre no quiere uno acordarse. Amigos, parientes, compañeros de trabajo y vecinos le dicen al autor que vale la pena, por supuesto, encontrar el lugar de la escritura, mucho mejor que andar vagando por la tierra, llorando sin consuelo por lo que allá se dejó, en el lugar del comienzo. El que se sienta a fabular o a poetizar capaz es de escribir un hábitat antiguo y de volver al puerto de la infancia. Pero con sed pampeana la imaginación, munida de las más elaboradas técnicas para observar en detalle los actos y las cosas y para formular todas las impresiones y emociones, se extiende más allá del perímetro infantil y familiar y acepta la ineluctable evasión. Así es como se transmite toda clase de mensajes : colores, dibujos y leyendas nunca vistas ni oídas. Así es como Petrarca instalándose a escribir un soneto en su estudio, en un sillón ubicado estratégicamente cerca de la ventana que daba al monte y al surtidor de agua para aprovechar al máximo la luz y la música, inventó para Laura un lugar no pasajero y se quedó absorto en esta parte ignorada de su propio ser. Años o siglos más tarde descubre el lector este mismo lugar descubriéndose a sí mismo en lo que lee intensa y plácidamente a la vez. ¿Encontraría también a la Maga? Tal vez.

– Gracias, mamá. Adiós, papá.

Caminó el autor hacia afuera, pausada, apaciblemente, de espaldas a la ventana para que los ojos guardasen y repitiesen muchas veces, más tarde, las dos figuras con ese pedazo de sus días en que fue de ambos casi por entero. Saltó a la balaustrada y abrió las alas. Remontó más alto que las casas, hasta el espacio del viento, en dirección al mar, al otro lugar, al lugar de la escritura.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Michèle RAMOND. El lugar de la escritura
Centro Virtual Cervantes